

8 MINUTOS Y 19 SEGUNDOS I de Marcos Carrizo Pérez

La alarma suena constantemente clavándose en los tímpanos de cada uno de los presentes en la sala.

—¿Qué es eso? —pregunta rápidamente el comandante, jefe y alto cargo de los miembros que allí se encuentran.

Nadie contesta por el momento. Todos están buscando el problema de la alarma que indica algún tipo de falla en el sistema. Mientras todo ocurre con rapidez y múltiples personas se mueven por la habitación con pasos acelerados, una voz resuena con fuerza elevándose por encima del ajetreo y de los irritantes pitidos.

—Hemos perdido el satélite 71426... —todo se para al instante y miradas fugaces se cruzan con el hombre de alto rango.

La alarma deja de sonar cuando la propia informante, una científica más que está trabajando, la apaga al descubrir el problema.

—¿Causa?

—No lo sabemos exactamente. Estoy buscando datos, comandante.

Estas palabras no le tranquilizan.

—Quiero que encontréis la causa rápido. Y con la solución, igual —sus órdenes resuenan con fuerza acompañadas de un toque de superioridad.

El ajetreo vuelve a ser constante. En medio del caos, el hombre trata de tranquilizarse respirando repetidas veces. Cuando ya nota que la calma le inunda, la alteración vuelve a su cuerpo al escuchar una frase de otro científico en un tono que no aporta muy buenas sensaciones.

—Comandante, mire esto —el nombrado planta su vista en la pantalla grande que todos se disponen a observar—. El satélite que hemos perdido era un satélite solar, así que estos son los últimos datos recibidos sobre la temperatura del Sol. Como puede ver, la temperatura de nuestra estrella baja en este punto —lo señala en el gráfico que muestra una línea que se mantenía constante hasta una zona en la que disminuye drásticamente.

—¿Se ha congelado? —no entiende lo que le quiere explicar, pero, tratando de hacer un esfuerzo, continúa escuchando.

—No exactamente, pero su temperatura es muy baja. Y, de repente —señala otro punto más apartado—, la marca vuelve a subir mucho más aún de lo que estaba al principio.

—¿Y? —se impacienta.

—Básicamente, estos cambios tan bruscos de temperatura solo pueden significar una cosa... Si es que no estamos equivocados —añade finalmente dudándolo levemente—. Quiere decir —prosigue tras la pausa— que el Sol ha entrado en fase de explosión.

Las sencillas palabras que utiliza para explicárselo le hielan la sangre. Un escalofrío recorre su espalda y, cuando acaba, reacciona.

—¿Quieres decir que el Sol va a explotar?

—Teniendo en cuenta que la temperatura se ha elevado significativamente al final, posiblemente ya habrá explotado —afirma resignado con el aliento

entrecortado—. Los estudios ya nos indicaron cómo sucedería la muerte del Sol y, ante todo, los datos cuadran con lo predicho. La temperatura del Sol varía perdiendo fuerza hasta que sube a gran escala haciendo que la propia materia explote. Las nuevas tecnologías nos permitieron saber más sobre este tema pudiendo explorarlo más a fondo. Los satélites solares ayudaron mucho al respecto, pero, aunque hemos avanzado mucho en su comprensión a lo largo de los años, no descubrimos cómo evitar su final o cómo aplazarlo.

El comandante se toma unos segundos para digerir tan dramática noticia.

—Bien... —es lo único que dice antes de volver a respirar hondo—. Por tanto, mucha tecnología, pero ninguna solución. Por mucho que hayamos avanzado, seguimos siendo inferiores en tantas cosas... Tanta impotencia... —se llena de rabia y sentencia con dureza—. ¿Por qué seguimos aquí, entonces? —suelta con risa nerviosa.

—La luz del Sol —le explica— tarda 8 minutos y 19 segundos en llegar a la Tierra. La luz que podemos ver es la del pasado, no la del presente, por explicárselo de alguna manera —agrega.

—Por tanto, ¿las ondas de la explosión siguen el mismo curso de tiempo?

—Según lo que hemos descubierto, así debería ser. Por lo que, desde que hemos recibido los datos variables, tenemos, básicamente... —se le corta la voz.

—8 minutos y 19 segundos —termina su frase la compañera que había encontrado la causa de la alarma y, pulsando ciertos botones de un teclado, hace aparecer un cronómetro digital en la gran pantalla marcando los minutos y los segundos que les quedan antes del fatídico final.

Todos se percatan de que dicha conversación les ha restado un tiempo crucial.

—Podéis marcharos si así lo deseáis. No estáis obligados a quedaros.

Un incómodo silencio inunda la sala. Nadie reacciona a sus palabras. Tras unos segundos de espera, varios trabajadores abandonan sus puestos de trabajo marchándose cabizbajos sin cruzar ninguna mirada con su superior.

El comandante mira el cronómetro. Centrándose en los números que siguen descendiendo, deja que se vayan todos hasta quedarse solo. Respira el aire cargado de soledad y cierra sus ojos pensativo. Coge su teléfono móvil y no duda ni un segundo en llamar a alguien. Espera nervioso hasta que una voz al otro lado le contesta.

—Cariño... —dice conteniendo las emociones que se agolpan en su interior. La cuenta atrás sigue su despiadado descenso.

5 minutos y 25 segundos

El cuchillo se posa levemente en su cuello hasta que un hilillo de sangre brota como un riachuelo rojizo.

—Dame el móvil y la cartera —aprimado por un hombre con capucha en la pared de un callejón bastante oscuro, el miedo del joven se hace presente con su respiración ajetreada y sus torpes tartamudeos.

—Vo-vo-vo-vo —baja sus manos hasta los bolsillos de su pantalón.

Busca la cartera y el móvil y, justo cuando va a sacar sus pertenencias, otra voz más atrás se escucha acompañada de un sonido muy peculiar: una pistola cargándose.

—Suelta el cuchillo y al suelo —se oye la orden dada por un policía—. ¡Suelta el cuchillo y al suelo! —repite gritando.

El atracador, haciéndole caso, se aleja del joven y se agacha acercando

lentamente el cuchillo al suelo. La víctima contempla la imagen sudoroso mientras observa los ojos de su atacante medio escondidos en la oscuridad de la capucha, donde distingue, además, una siniestra sonrisa.

Lo siguiente que ocurre pasa muy rápido. El atracador se gira con rapidez con el arma bien sujeta y, con firmeza, se dispone a abalanzarse contra el policía. De repente, se oye un disparo. Una bala sale disparada dejando restos de humo en la boquilla del arma. El asaltante nota un dolor intenso en el pecho antes de caer desplomado casi sin aliento. Herido, brota de su cuerpo sangre como un volcán furioso.

El aliento del joven se entrecorta. Mira al policía. Comienza a llorar.

—Tranquilo, ya ha pasado... —recoge la pistola en su cinturón no sin antes mirar a su alrededor para ver si existe alguna amenaza más.

Se acerca al joven, pero se aleja con rapidez cuando este comienza a vomitar. El miedo le produce náuseas y el olor a muerte y la visión de la sangre no le ayudan.

—Ya está... —repite para calmarlo.

El policía se acerca al ver que ya se ha recompuesto.

—Gracias... —el joven, encogido, le agradece su intervención.

—Es mi trabajo.

—Pero me has salvado igual —dice entre arcadas y tragando saliva con dificultad.

El agente asiente y le mira fijamente.

—Ven, que te ayudo —este le coge y le acompaña en cada paso de sus todavía temblorosas piernas.

—Es usted mi héroe... —susurra tratando de despejar de su mente lo que acaba de pasar.

4 minutos y 46 segundos

Una palabrota sale de la boca de la adolescente.

—¡Que me dejéis en paz! —exclama después gritándoles.

—¡Ven aquí ahora mismo! —le grita su madre.

—¡No! —niega alejándose de la discusión—. ¡Me tenéis hasta las narices!

Los gritos se mezclan volviéndose casi ininteligibles.

—¡Eres tonta, hija! ¡Ibas borracha! ¡Sino llega a ser por tus amigos, te metes en el coche de ese desconocido!

—¡Lo conocía!

—¿De qué lo conocías? —le reta.

—Lo conocí en la fiesta. No era un completo desconocido.

—¡Ay, dios mío! ¡¿Pero no lo ves?! —elevan aún más el tono—. ¡Dile algo a la cría! —se dirige a su marido.

—Eh... —no sabe qué decir.

La joven se encierra en su cuarto levantando el dedo corazón a sus padres.

—¡Esta cría es tonta! ¡Te lo juro! —se agarra el pelo con rabia.

—Tranquila... —trata de calmarle su marido.

—¡No! ¡Nada de estar tranquila! —le fulmina con una intimidadora mirada cargada de reproche—. ¡No me ayudas una mierda! ¡Hay que educarla mejor! ¡Algún día no volverá a casa! ¡Es que lo veo! ¡Pero como no le dices nada...!

—A ver... —dice con tono pacificador.

—¡Es que tú también...! —dice dándole un pequeño empujón para apartarlo.

3 minutos y 7 segundos

La mujer se levanta, tras haberle pedido permiso al juez, y comienza a hablar.

—Señoría, necesito expresar lo que siento —se gira mirando al acusado.

Todos esperan impacientes a que hable.

—Todos dicen que mi hijo está muerto... —asegura lamentándose y llorando.

El asesino observa fijamente cada lágrima y se ve reflejado en ellas.

—Pero mi hijo no está muerto. Tu sangre es su sangre. La sangre que tuviste entre tus manos forma parte de ti. Nunca más tendrás las manos limpias. Siempre serás considerado un asesino. Sin embargo, no puedo odiarte, aunque lo quisiera. Porque, entonces, sería como odiar a mi hijo y no soy capaz. Yo... —traga saliva y, ante la expectación de todos, termina lo que quiere decir—. Yo te perdono.

El silencio cae pesadamente en la sala del tribunal.

De improviso, se acerca rápidamente al joven abrazándolo inesperadamente.

—Sé que estás ahí... —el acusado, que está de pie, baja la cabeza para mirarla ante su baja estatura—. Hijo, sé que estás ahí —repite.

Este, sin saber cómo reaccionar, se queda quieto y deja que todo suceda. Sin quererlo, varias lágrimas recorren sus mejillas de manera emotiva. Y los dos, entre lágrimas, dejan que la reconciliación les envuelva.

2 minutos y 59 segundos

Espuma. Convulsiones. El tacto contra el suelo frío.

Muchas sensaciones se mezclan en su cuerpo y en su mente mientras el dolor le invade por dentro. Preguntándose el porqué de su decisión y del rumbo de su vida, deja que todo transcurra sabiendo que nada puede hacer.

Drogas. ¿Por qué las toma?, se pregunta a sí mismo sin poder responderse. Imágenes duras de su vida basada en drogas, sexo y alcohol pasan por su mente mientras la sobredosis va matando cada parte de su cuerpo. Convulsionando y sintiendo golpear su cabeza una y otra vez contra el frío suelo, cierra los ojos esperando su único final.

1 minuto y 33 segundos

Su mente solo puede pensar en una cosa. Felicidad. Sintiendo como todo su cuerpo se inunda de este sentimiento, acaba sonriendo sin ni siquiera quererlo.

—Aquí estoy, Señor —dice para sus adentros.

Ya nada le importa, solo quiere que la gracia de Dios inunde su espíritu como si se tratase de un vaso vacío. Obviando lo de su alrededor y orando con devoción, sonrío.

—Contigo siento la felicidad plena... A Ti me entrego.

Con estas palabras, deja que su amor hacia Dios se exprese remarcando su religión con firmeza.

—Tú eres lo que me faltaba. Tú has sanado mis heridas y tristeza. Aquí estoy.

Como si una brisa limpiara todo lo malo, su vocación es renovada y, una vez más, como en cada oración, deja que todo fluya sin ningún obstáculo.

—Donde Tú vayas, allí iré.

La oración, como método de purificación y conexión con Dios, le ofrece lo que nada o nadie le aporta en el mundo: una felicidad tan grande que podría regalar

un poco a cada persona y le seguiría sobrando.

Ora sin hacer nada más. Solo eso. Orar y permanecer en silencio arrodillada frente al sagrario de su iglesia.

30 segundos

—30 segundos... —susurra el comandante.

—¿30 segundos para qué, cariño? —la voz de su mujer al otro lado del teléfono suena preocupada.

—Cariño.

—Dime.

—Te quiero.

—Yo también, pero, ¿a qué viene esto?

—¿Confías en mí?

Hay silencio.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Dales un abrazo a los niños como si fuera el último que les pudieses dar. Abrázales hasta que llegue el final, por favor. Abrázales por mí.

—Cariño, no te entiendo. Me estás asustando.

—Por favor, confía en mí.

Se escucha la respiración de su mujer al otro lado de la comunicación.

—Está bien... Cariño, una cosa —le dice confiada.

—Te escucho.

—Pase lo que pase —la mujer continúa hablando—, yo siempre estaré ahí. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —sus ojos se vuelven cristalinos.

—Bien. Tenlo en cuenta para cuando nos veamos en casa. Te quiero.

—Yo también te quiero —se despide colgando el teléfono sin decir nada más.

Miles de pensamientos cruzan su cabeza. Contempla atentamente el cronómetro.

El tiempo pasa.

Sigue pasando... Y sigue... Y sigue...

Cuando ya quedan unos pocos segundos de la cuenta atrás, su mente entra en un razonamiento, en una profunda reflexión que le hace cerrar los ojos.

—Somos tan impotentes... —piensa para sus adentros—. Somos tan humanos...

Miles de imágenes le invaden.

—Vamos a morir todos, pero, aun así, no todos tendremos el mismo final. La vida es corta, no deberíamos malgastar nuestro tiempo en banalidades sin sentido. Cualquier momento puede ser el último. Podemos ser malas personas, pero, ¿de verdad queremos que así nos recuerden?

7 segundos

¿Por qué no vivir para que nos recuerden como verdaderos héroes en lugar de villanos?

—Vamos, no desfallezcas ahora —le pide el policía al joven mientras cubre el cuerpo del fallecido.

6 segundos

¿Por qué no vivir para perdonar pudiendo alejar el malestar de nosotros?
—¡Vete a la mierda! ¡Quiero el divorcio!
—Cariño, no piensas con claridad...
—Ni “cariño”, ni “leches”.

5 segundos

¿Por qué no vivir ofreciendo el perdón para que en nuestra vida no exista solo odio, sino que logremos dar paz a todos para que también puedan dársela a los demás?

—No malgastes más tu vida. Cuando salgas de la cárcel, te estaré esperando como siempre esperé a mi hijo—le mira a los ojos y deja que la figura del asesino se convierta, ante su mirada, en la propia imagen de su hijo.

—Tu perdón es la paz que le das a tu hijo y a mí... Lo siento —su triste mirada refleja un verdadero arrepentimiento—. Me has hecho entender que el amor de una madre es tan grande que supera los límites que nosotros mismos hemos puesto al amor. Si hubiese tenido una madre como tú, quizás mi camino hubiese sido distinto.

Y la mujer sonríe alejándose, limpiando por última vez las lágrimas de sus ojos.

4 segundos

¿Por qué no vivir para tomar buenas decisiones en vez de malas, para así poder hacer de nuestra vida un tiempo de felicidad, en lugar de sentirla llena de sufrimiento?

Todo se oscurece. Deja que todo ocurra. No opone resistencia.

—Quiero morir... —logra decir entre torpes balbuceos escupiendo espuma blanca por su boca y, de repente, expira su último aliento. Pero aún queda un halo de vida en él. Y ese resto espera la verdadera muerte...

3 segundos

¿Por qué no vivir para vivir en bienestar, para poder encontrar lo que llena el vacío que tenemos dentro?

—Haz lo que tengas que hacer, Señor —y, como si Dios le hablara, cree escuchar el tic tac lejano de una cuenta atrás—. Ya ha llegado la hora... —hace la señal de la cruz como símbolo de aceptación ante el plan de Dios.

2 segundos

—Sea como sea nuestra vida, nosotros decidimos cómo queremos que transcurra. ¿Por qué los humanos no buscamos una vida llena de entrega, de perdón, de paz, de felicidad, una vida que de verdad merezca la pena? Porque, aunque no lo deseemos, puede acabarse en cualquier momento. Por alguna razón, puede que, de repente, solo nos queden 8 minutos y 19 segundos —sonríe con ironía—. ¿Cómo querríamos que fuesen esos 8 minutos y 19 segundos? Espero que los últimos momentos de la humanidad puedan ser dignos de haber sido recordados porque, si no, nuestro existir no habrá servido para nada.

Expresado esto en voz alta, abre los ojos contemplando el final de la cuenta atrás.

1 segundo

...